

EL BAR DEL DESTINO

Corro veloz al recibidor. Estoy nerviosa, asustada, siento pánico y a la vez estrés. Ojalá pudiera decir que solo espero un pedido de *Amazon* o la visita de una vieja amiga, pero no es así, es más importante. Abro la puerta y me encuentro cara a cara con el hombre que puede cambiarlo todo, es alto y viste un elegante traje azul marino.

-Pa... pase –tartamudeo hecha un flan.

-No, tengo una reunión. Aquí tiene el sobre y dentro los datos que necesita.

-Gracias, muchísimas gracias –digo cogiendo el enorme sobre de papel.

El hombre se encamina hacia las escaleras y el sonido de sus zapatos se pierde con el ruido del exterior. Me siento en una silla por si acaso y pienso en lo que puede poner. Solamente tendría que abrirlo para comprobar si, como ocurre en mis sueños, he obtenido una beca para estudiar en la más prestigiosa universidad de Florida. Agarro impaciente unas tijeras y comienzo a rasgar el envoltorio. Sin embargo, algo que fugazmente atraviesa mi mente, hace que me detenga. Bajo al portal y cojo un taxi para llegar a la calle Filipinas, donde se encuentra el bar de mi padre. Desde que, desgraciadamente mamá murió, él solo se ha encargado de sacar el local adelante. Pero por la crisis y otros problemas, la preciosa y acogedora cafetería que al principio crearon, ahora es el centro de las bebidas alcohólicas para unas cuantas personas. Cruzo sus puertas de cristal y miro el interior ¡Cómo ha cambiado ese lugar en tan poco tiempo! Intento pasar desapercibida al entrar y me coloco delante de la barra. Sin duda, quién acaba de servirle, según él, el mejor *destornillador* del mundo a un cliente, es mi padre. Espero “mi turno”. Mientras, me distraigo contemplando a las personas que me rodean. Tienen la mirada perdida; perdida en sus respectivas bebidas, buscando una respuesta a sus infinitas dudas y penas.

-¡Hola papá! –le saludo enérgicamente. Se da cuenta de mi presencia y dice:

-Cielo, no es buen...

-¡Solo serán un par de minutos! –le corto. Le muestro el sobre, está sorprendido, no le había dicho nada del día de entrega.

-¿Eso es lo que pienso que es? –comenta. Asiento y segundos después se acerca a mí con prisa. Todos los clientes están ocupados en sus cosas, así que puede atenderme perfectamente.

-He pensado que lo querrías ver conmigo. Bueno, la verdad es que soy yo la que necesitaré tu apoyo si...

-¡Vamos! –exclama casi más nervioso que yo- No le des más vueltas.

-¿Preparado? –le pregunto esperando unos segundos, el efecto de suspense nunca pasa de moda.

-Por supuesto, hija –aclara abrazándome con unos de sus fuertes brazos. Segundos después me encuentro en el suelo, impactada. Realmente impactada.

-¡Zulema!

(...) Han pasado varios años desde aquello. Desde que alcancé mis sueños y todo iba viento en popa. Sin embargo, la vida da giros inesperados y tienes que apañarte como puedas para salir indemne.

-¡Vicente! ¿Has visto lo que han hecho los Ibáñez? ¡Pretenden arruinarnos! –grita indignada mi madre, Julia. Se refiere a la familia de la calle de enfrente, entre todos llevan una cafetería.

-Sí –murmuro dejándome caer en una silla de madera.

Hace varios meses que comenzó a empeorar. Perdimos a nuestros habituales clientes y los ahorros se iban agotando lentamente. Todavía recuerdo el día en el que entré aquí por primera vez:

-¡Hijo! –gritó Julia al ver nuestra posible oportunidad.

Estábamos en la calle Filipinas, examinando un viejo bar, uno que acababa de cerrar por problemas personales o de salud del propietario. Aunque según mi madre, era por cuestiones económicas. Aún así, decidimos invertir en aquel local. Quizás habría que pedir una hipoteca al banco de nuevo. Pero el proyecto que tenía en mente valía la pena. Tanto que se hizo real.

-Esto tiene mucho potencial. Podemos poner una barra aquí y allá un ventanal de cristal enorme. Tengo millones de ideas, hijo...

Los primeros clientes no fueron los mejores, suponía que eran los mismos del negocio anterior. Por lo menos pagaban, pero no me agradaban en absoluto, teniendo a mi madre cerca. Por suerte, gracias al destino, Marie nos salvó la vida. Ella hacía los mejores pinchos de la ciudad y acabamos siendo socios. Además, las personas que venían al bar cambiaron. Fue una pena cuando Marie tuvo que mudarse a Valencia. Total, nos quedamos solos frente al peligro, con una gran clientela ansiosa. Sin embargo, ya no era lo mismo. Sin ella estábamos un poco perdidos, nada nos salía igual y eso nos afectó mucho. Hasta el punto de no tener a casi nadie dentro del local. Como decía, solos frente a todos.

Un ruido molesto me hace volver a la realidad, son las puertas de cristal abriéndose, hace bastante tiempo que chirrían.

-Hola –saludo a una mujer de mi misma edad.

Lleva el pelo recogido en un moño alto y varios rizos le caen por los lados. Sujeta una carpeta roja y no para de mirar el interior del bar. Parece que está desorientada. Si conociera la cafetería de los Ibáñez no habría entrado ni loca.

-Hola...eh...

-¿Eres nueva en la ciudad? –pregunto acercándome - ¿Quieres algo?

Su mirada es dulce y sincera, nada que ver con los rostros fríos y secos de los ciudadanos de aquí. Sonríe y puedo detectar un brillo especial en sus ojos. ¿Qué ocurre con el destino? ¿No estaba en mí contra? ¿Por qué habría querido que esto pasase? Estar cara a cara con la mujer más guapa que hasta la fecha me había hablado.

-Soy Vicente –continúo al ver que no responde, solo respira profundamente, como si estuviera emocionada y al mismo tiempo agotada...

-Yo, Zulema.